

Mi mejor y gran impulso a seguir

Por: Psic. Cecilia Vega Benavides

Newton Steven llega a su primer día de clases; llega luego de tres semanas del inicio del año lectivo. Va acompañado de Lorena su madre. Tocan la puerta y Carmen, la maestra, los recibe muy amable, toca suavemente la cabeza del infante y los invita a entrar. Él sonríe y demuestra mucha curiosidad por ver dentro de la clase. Sus compañeros están sentados en tres filas de cuatro niños, tienen entre seis y ocho años. La madre, temerosa, agarra a su hijo de la mano y lo encamina a entrar.

La maestra los invita a sentarse, Lorena lo hace en la silla colocada cerca de ella y el pequeño prefiere quedarse de pie mirando el ambiente: los juguetes, la pizarra, los libros, adornos.

Mientras su madre y su maestra dialogan sobre las reglas que deben llevarse dentro de del aula como el horario, uniforme, lunch, el niño observa. Carmen a la vez que conversa con la madre ve cada movimiento del estudiante y toma apuntes en una hoja que seleccionó para la entrevista. El infante continúa mirando, sus ojos grandes siguen motivados por los llamativos colores y figuras. Lo hace de pie, a unos cinco pasos de su madre.

Luego empieza a llamar a su madre, no hay frases, ni palabras solo la mira, con ademanes y silabeos pretende lograr su atención. La maestra que está atenta a captar cada detalle, indica a la angustiada señora que lo invite a sentarse junto a ella y que vuelva a establecer el diálogo. Lorena lo hace pero no deja de estar alerta al llamado de su hijo que ya manifiesta inquietud. En pocos minutos el pequeño de seis años se lanza al piso, a dar vueltas en círculos y a gritar. La desesperada madre retira los objetos que están cerca que puede romper o pueden lastimarlo. Enseguida el niño le da de patadas, empieza a auto-agredirse, golpea su cabeza contra la pared y contra el piso una y otra vez. Con la mirada fija en Lorena, la maestra se levanta y trata de entretener al grupo de sus estudiantes inquietos por lo que ocurre.

La docente insiste en pedirle muy suavemente a la angustiada madre que trate de ignorar tal actitud, que intervenga sólo con la mirada y llame a su hijo a sentarse junto a ella. "Siento mucho por lo que está pasando, pero es necesario conocer estos comportamientos", expresa la maestra.

Newton Steven deja por un momento de golpearse, pero sigue en el piso dando vueltas.

*¿Con qué frecuencia tiene este comportamiento?, pregunta la maestra.

- "Muy frecuente, sobre todo cuando no le doy lo que pide", contesta, con lágrimas en los ojos, la madre.

*¿Y también la agrade?“, continúa la profesora.

-“Si, me muerde, me golpea...“, dice resignada la mamá.

La maestra toma nota de todas las respuestas de la madre y la actitud que va adoptando Newton Steven. Le manifiesta a la mamá que es preciso que sea valorado por un especialista. “Esto no puede volver a suceder, no lo vamos a permitir, confíe en nosotros, estamos para ayudar“, comenta la maestra, ahora también con lágrimas en los ojos.

De pronto el niño se levanta y se acerca sollozando a la madre. Ella lo abraza fuertemente, con un tierno balanceo, lo arrulla y murmulla a su oído: “Esta es la escuelita que necesitamos, aquí nos van a ayudar“. Lorena agradece a la docente y le dice sonriendo que fue su primera lección. La maestra le recuerda que juntos van a realizar una intervención educativa apropiada, pero que antes hay que determinar el trastorno neurológico que está afectando la capacidad de comunicarse, de relacionarse, la que lo conducen a comportamientos inadecuados.

Newton Steven y su madre se retiran de la clase, él vuelve a dar una mirada panorámica a la clase y sonríe, como despedida a su maestra y compañeros de un hasta pronto.